AMOR QUE FLORECE

(Viene de la página 15)

y sería mejor aclarar las cosas. No hay por qué dejar que se crea lo que no es.

Carlos también se había levantado. Procuró hablar con calma, tratando de convencer a la muchacha de que, si no era capaz de tener la nobleza de hablarle a la maestra, debía preocuparse de su reputación.

—Cuando una mujer confiesa que ha estado sola con un hombre en una habitación —dijo Carmen con firmeza—, ya es inútil después lo que diga.

—Es posible —concedió Carlos—, pero yo diré a todo el mundo, a uno por uno, la verdad.

Carmen hizo un movimiento de hombros.



—Por mi parte —dijo— no pienso hacer absolutamente nada para convencer a nadie, y mucho menos a la señorita esa. Ya puede ella creer lo que quiera de mí, que nunca será tan grave como lo que todo el pueblo sabe de ella.

—Ya basta, Carmela —ordenó Carlos, sin levantar la voz.

—Siento molestarlo.

—No me molesta a mí —aclaró él, sin hacer caso de la risita de Carmen—; molesta a lo que es justicia, a lo que usted misma debe tener de comprensiva y generosa. No se condena a una mujer porque le haya ocurrido, lo que en suma puede ocurrirle a cualquiera.

—¿A cualquiera? —gritó Carmen, sin poder ya contenerse.

—A cualquiera que confíe en un hombre con toda su alma, y crea en la verdad de su amor, sí Carmela. Y es precisamente esa desgracia que ocurrió a Clara la que nos obliga a todos a estar a su lado.

—¿Así lo cree usted?

—Sí, Carmela, nos obliga a comprenderla y, si hay algo que perdonar, a perdonarla.

—Pues entonces no tiene usted por qué preocuparse de mi humilde persona. Si un pasado de esos obliga a las gentes a comprender y perdonar, a mí, que en resumidas cuentas no he hecho nada, ya me comprenderán y me perdonarán.

Ante aquella salida de la sobrina de Reynoso, Carlos ya no tuvo más qué decir. Se despidió cortesmente. Ella contestó con sarcástica frialdad.

Tratando de resolver su nuevo problema; cómo hacer para que Clara le escuchara y le creyera, ya que no podía contar con la ayuda de Carmen, el joven escribiente no se dió cuenta de la hosca actitud de los pequeños grupos que encontraba en la calle. Pero cuando hubo caminado un poco empezó a sentir que en el ambiente de Pachula había algo extraño. De dónde vino, cómo surgió, no lo supo él entonces, ni lo comprendió nadie después, pero la semilla que el cacique había estado sembrando durante tantos años, daba fruto de pronto. El odio, disfrazado de respeto, que albergaban tantos a quienes Reynoso había perjudicado y despojado, empezaba a quitarse la careta que había asumido por el mismo temor que inspiraba el cacique y bajo la apariencia tranquila del pueblo había sordos rumores amenazantes.

Carlos se percató de ello; pero, embargado por su propio problema, no se ocupó de aquellas señales de tormenta y siguió su camino.

El mismo juez, con algunos amigos, dió escolta a Reynoso. Dando un rodeo, llegaron hasta la casa del cacique.

Reynoso encontró a su sobrina hecha un mar de lágrimas. Pero no estaba el hombre para mimar a nadie en aquellos momentos. Acostumbrado a un poder casi omnipotente y a que le rindieran pleitesía todos los de aquella región que él consideraba su feudo, estaba acobardado por las evidentes muestras de hostilidad que había observado durante las últimas horas, hostilidad que parecía pronta a convertirse en violencia, y extrañaba, sobre todo, al jorobado.

—Si estuviera aquí el Judas —pensaba Reynoso—, no se hubieran atrevido esos infelices a faltarme al respeto.